

HISTORIA POLÍTICA Y ECONÓMICA DEL DESARROLLO INDUSTRIAL. ALGUNAS EXPERIENCIAS RELEVANTES

*Pablo Ignacio Chena (Universidad Nacional de La Plata / CONICET - Argentina)
Colaborador: Gastón Albanese (Universidad Nacional de La Plata - Argentina)*

pablochena@yahoo.com.ar

Resumen

El presente trabajo recorre brevemente los regímenes políticos y las ideas económicas que impulsaron importantes y acelerados procesos de industrialización a lo largo del siglo XVIII, XIX y XX, como es el caso de Inglaterra, Alemania, Rusia y el intento de industrialización latinoamericano. Con el objetivo de poner en tela de juicio las recetas liberales para el desarrollo, al explicitar que no existió en la historia un único sistema político y económico para la industrialización. Sino que esta se alcanzó como resultado de una lucha por la hegemonía política entre grupos, fuerzas y clases sociales que lo deseaban y aquellas que se encontraban beneficiadas con la estructura social vigente. Desde el punto de vista de la teoría económica, el trabajo destaca que existe una diversidad de teorías en apoyo a la industrialización en función de diversos intereses políticos y momentos históricos.

Introducción: la relación entre desarrollo socioeconómico y cultura

El desarrollo tiene como fin último el enriquecimiento de los valores culturales propios, estimulando las capacidades creativas del hombre tanto a nivel de la cultura material (sistema de producción y uso) como no material (política, arte, religión, etc.). Los cambios e innovaciones en la primera se relacionan con el progreso técnico y la acumulación de capital; mientras que en la segunda se vinculan con el marco jurídico e institucional que regula las tensiones sociales generadas en la acumulación de capital. De esta forma, es la cultura no material que posee la sociedad la que determina si el desarrollo de la cultura material responde o no a las prioridades establecidas (Rodríguez, 2006).

En este aspecto aparece una diferencia importante entre los países centrales o desarrollados y aquellos periféricos o subdesarrollados.

En los primeros, la idea de progreso que se gesta con la revolución burguesa consolida la civilización industrial y es el tejido ideológico que sirve para cohesionar y compatibilizar los intereses opuestos de los diferentes grupos sociales. Históricamente, cuando las sociedades industriales de los centros se mostraron inestables y sus marcos jurídicos institucionales fueron desafiados por el conflicto social; la creatividad cultural en el ámbito sociopolítico les permitió generar innovaciones institucionales que arbitren y regulen dichos conflictos.

En las sociedades periféricas, en cambio, se produce por lo general una imitación de las pautas de consumo de bienes culturales de los centros y se observa a lo foráneo como lo moderno, desalentando las innovaciones tanto en la cultura material como no material. Esto genera una dependencia cultural en la cual “a medida que se afianza la apreciación especial por lo foráneo, y en varios de esos ámbitos van penetrando ideas y valores trasplantados de los centros, los distintos grupos de la periferia, y en particular sus elites, pierden contacto con varias de las principales fuentes culturales de las sociedades respectivas” (Rodríguez 2006, pág. 306). El desarrollo se operativiza entonces como el proceso mediante el cual se incrementa el ahorro interno por medio de una distribución regresiva del ingreso y/o se crean las condiciones para atraer capitales del exterior. Esta idea de desarrollo tan asociada a lo foráneo genera una alianza internacional entre ciertos grupos internos y externos que deja excluida a una importante cantidad de la población ajena al circuito de consumo de bienes de los países centrales.

En consecuencia, la periferia necesita para desarrollarse un proceso complejo de innovaciones culturales que promuevan un cambio en la estructura política, social y económica vigente para permitir la creación de un sector manufacturero lo suficientemente dinámico como para incrementar los niveles de productividad e ingresos de la población de manera autónoma.

Este cambio estructural surge, desde el punto de vista de la teoría política, como resultado de una lucha por la hegemonía entre grupos, fuerzas y clases que desean el desarrollo industrial y aquellas que se encuentran beneficiadas con la estructura económica vigente. En este contexto el discurso no es neutral, sino que es el medio por el cual se llevan a cabo las luchas sociales sin utilizar la violencia física. Para poder lograr que una idea sea aceptada en la sociedad y se imponga como legítima, “verdadera”, las clases dominantes utilizan los medios de comunicación. Estos son constructores de escenarios, al privilegiar cierta información por sobre otra, y promotores de valores y pautas de comportamientos. De esta forma influyen en el juicio que se

forme el individuo tanto de sí mismo como de la “realidad” en la que vive y, a través de ello, afecta sus sentimientos y sus acciones.

En Argentina el discurso neoliberal logró establecerse como hegemónico durante la década del 90 y fue visto como portador de un diagnóstico y de medidas necesarias para mejorar el bienestar social. De esta manera quedaron relegados de la cuestión pública ciertos temas propios del debate sobre el desarrollo económico y social como son: el rol del Estado en la economía, las características de la estructura productiva, los determinantes sociales de la distribución del ingreso, etc.

El presente trabajo tiene justamente el objetivo de poner en tela de juicio histórico la receta neoliberal que impusieron las clases dominantes de Argentina y los organismos internacionales (FMI o Banco Mundial) en las últimas décadas. En este sentido, se destaca que los modelos de desarrollo social deben tomar en cuenta la situación concreta de cada país y del resto debido a que: “los métodos de modernización escogidos en un país cambian las dimensiones del problema para los países que dan el paso después” (Barrington Moore 1973: 335).

El trabajo se ordena de la siguiente manera, en la primera sección se analizan los procesos políticos y las teorías económicas que acompañaron la industrialización de los países que primeramente la alcanzaron (fundamentalmente Inglaterra), y en aquellos que lo hicieron posteriormente (como Alemania, Italia o Rusia). Finalmente, en la segunda sección se analizan los intentos de industrialización en Latinoamérica.

La industrialización en los países desarrollados

Como bien señalan Cardozo y Faletto (2003:17) el análisis del desarrollo “requiere un doble esfuerzo de redefinición de perspectivas: por un lado, considerar en su totalidad las condiciones históricas particulares -económicas y sociales- subyacentes en los procesos de desarrollo, en el plano nacional y en el plano externo; por otro, comprender en las situaciones estructurales dadas, los objetos e intereses que dan sentido, orientan o alientan el conflicto entre los grupos y clases y los movimientos sociales que ponen en marcha las sociedades. De esta manera, se considera al desarrollo como resultado de la interacción de grupos y clases sociales que tienen un modo de relación que les es propio y por lo tanto intereses y valores distintos, cuya oposición, conciliación o superación da vida al sistema socioeconómico”.

En esta sección se describen los movimientos políticos y las teorías económicas que impulsaron la industrialización en los principales países hoy desarrollados.

El análisis político de los mismos tiene por objeto estudiar los roles que han tenido las diferentes clases sociales en la transición de una sociedad agraria a una sociedad industrializada en estos países. Mostrando que la democracia occidental, el fascismo y el comunismo son tres sistemas políticos que fueron utilizados en diferentes países como vehículos hacia una sociedad industrial.

En este sentido, Barrington Moore Jr (1973) en su libro *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, nos muestra que donde las revoluciones burguesas derrocaron los obstáculos heredados del pasado, el capitalismo y la industrialización fueron de la mano (ejemplo: Inglaterra y la Guerra Civil Inglesa, Francia y la Revolución Francesa y Estados Unidos con la Guerra Civil Americana). Donde el sector burgués actuó como aliado pero las revoluciones fueron desde arriba el desarrollo industrial fue acelerado y culminó en el fascismo (ejemplo: Japón, Italia y Alemania). Por último, cuando las revoluciones contra el antiguo régimen fueron campesinas, el comunismo fue el sistema político que generó la industrialización (Ej. Rusia).

Desde el punto de vista económico observaremos que cada uno de estos sistemas políticos generó u adoptó una teoría económica acorde con sus intereses (en el presente trabajo se destacan las teorías económicas: liberal, del imperialismo y de la industria naciente).

1. Industrialización y Democracia

1.1 Contexto histórico-político

El origen etimológico de la palabra democracia proviene de *demos*: pueblo, y *kratos*: poder, y según la Real Academia Española significa “predominio del pueblo en el gobierno político de un Estado”. Existe hoy en día cierto consenso en los organismos internacionales de que la receta para el desarrollo social es la democracia política y la economía liberal. A continuación nos proponemos revisar la historia de esta asociación analizando el caso paradigmático de Inglaterra.

Barrington Moore (1973) señala tres condiciones políticas que fueron decisivas para el desarrollo democrático de Francia e Inglaterra:

Primero: “el establecimiento de cierto equilibrio entre la Corona y la nobleza para evitar una Corona demasiado fuerte o una aristocracia rural demasiado independiente” (Barrington Moore, 1973: 349)

La necesidad de una nobleza independiente para el desarrollo democrático tiene raíces históricas muy claras. Sin embargo, si la aristocracia rural se libera de los controles reales y no existe una clase urbana consolidada el resultado es sumamente

desfavorable a la versión democrática occidental. Por ejemplo: “En Rusia, durante el siglo XVIII, la nobleza de servicio logró que sus obligaciones para con la autocracia Zarista quedaran rescindidas; a la vez, retuvo y hasta incrementó sus dominios y su poder sobre los siervos. El proceso entero fue bien desfavorable a la democracia” (Barrington Moore, 1973: 339).

Segundo: Una clase urbana vigorosa e independiente. “Sin burguesía no hay democracia” (Barrington Moore, 1973: 339). Si embargo, este “héroe democrático” ha tenido en la aristocracia rural (o en los actores del campo) importantes aliados.

Tercero: “La evolución hacia una agricultura comercial apropiada” (Barrington Moore, 1973: 349). Lo cual ayuda a eliminar la dependencia de la clase alta rural de la Corona y genera cierta comunidad de intereses con la clase burguesa industrial y comercial.

Las relaciones existentes entre las clases altas rurales y la burguesía pasaron por diferentes etapas a lo largo de la historia que se pueden resumir en:

a- Conflicto de intereses entre la exigencia urbana de comestibles baratos y altos precios para los artículos producidos en las ciudades, y el deseo rural de altos precios para los comestibles y productos artesanales y fabriles baratos.

b- Cooperación entre ambos cuando tienen la necesidad de ampliar los mercados externos para sus productos.

Cuarto: una ruptura revolucionaria con el régimen pasado.

Respecto a la relación entre el desarrollo industrial y la democracia, Barrington Moore concluye de su análisis histórico que: “La experiencia inglesa mueve incluso a pensar que el deshacerse de la agricultura como actividad social mayor es uno de los requisitos previos para la democracia” (Barrington Moore, 1973: 348).

1.2 Las ideas económicas liberales para la industrialización (David Ricardo)

Desde la teoría económica, quien hizo importantes aportes por la industrialización de Inglaterra fue el influyente economista liberal de siglo XIX, David Ricardo, en su obra más importante: *Principios de economía política y tributación*, de 1817. Allí plantea la importancia de la industrialización a través de su crítica al papel del terrateniente en la economía capitalista y la defensa del libre comercio.

Para esto comienza analizando la distribución del producto social en las economías capitalistas entre trabajadores, capitalistas y terratenientes; y define la renta como “aquella parte del producto de la tierra que se paga al terrateniente por el uso de las energías originarias e indestructibles del suelo” (Ricardo 1993: 51) y no por el fruto del trabajo.

El autor muestra que el origen de esta última se debe a que la tierra es limitada y de diferentes calidades, lo que hace que al incrementarse la población y la demanda de alimentos se deban comenzar a cultivar tierras de calidad inferior, aumentando el costo de producción de los alimentos y su precio. Es en definitiva, el aumento en el valor de estos últimos, producto del rendimiento decreciente de la tierra y del capital, genera una renta para el propietario de las parcelas más fértiles.

El problema que plantea Ricardo con la renta surge porque al incrementarse el precio de los alimentos se incrementa también el salario que debe pagar el capitalista al trabajador para que pueda reproducir su fuerza de trabajo. Esto último disminuye la ganancia del capital invertido frenando la acumulación capitalista y la generación de riqueza social.

De esta forma, para Ricardo los intereses del terrateniente se encuentran en contraposición a los del resto de la sociedad. Mientras que el primero se beneficia con un mayor ingreso cuando se incrementa la dificultad para producir alimentos, el resto de la sociedad se perjudica por la menor producción como consecuencia de la disminución de la tasa de ganancia. Así llega a la conclusión de que la sociedad se beneficia generando una mayor riqueza social “donde la tierra disponible es más fértil, donde la importación sufre menos restricciones... y donde por consiguiente el progreso de la renta es lento” (Ricardo 1993: 58).

En función de este diagnóstico el autor propone que Inglaterra elimine las leyes protectoras de la producción de granos y desarrolle su comercio exterior. Lo cual traería como consecuencia, por un lado, la posibilidad de importar alimentos del resto del mundo a un precio menor, disminuyendo la renta de la tierra que se apropia el terrateniente, y por el otro, la posibilidad de abrir nuevos mercados para la producción manufacturera.

En su intento de mostrar los beneficios que genera el libre comercio, Ricardo va más lejos que su predecesor clásico Adam Smith y elabora su teoría de las ventajas comparativas. Según la misma no importa que un país tenga costos de producción mayores en todos los bienes respecto a otro, porque el sistema monetario internacional ajustará los flujos de oro a nivel internacional para que cada país pueda exportar el bien en el cual tenía la menor desventaja relativa e importar los otros. Esto le permite incrementar la cantidad de bienes disponibles y su bienestar.

El breve repaso por la teoría económica de Ricardo nos permite concluir que sus ideas sobre el libre comercio fueron concebidas para consolidar la industrialización en un país avanzado en el desarrollo capitalista como Inglaterra. Un objetivo que se pierde totalmente cuando en la actualidad la medida se saca de su contexto y del marco teórico ricardiano sobre la renta.

2. Industrialización y Fascismo

2.1 Contexto histórico-político

En líneas generales el fascismo fue una tentativa de hacer popular el conservadurismo. Con una gran fuerza anticapitalista y un violento rechazo de los ideales humanitarios, en particular de toda noción de igualdad humana potencial. La doctrina fascista no solo hizo hincapié en la inevitabilidad de la jerarquía, disciplina y obediencia, sino que dogmatizó que eran valores por derecho propio y exaltó la violencia.

Barrington Moore (1973) señala que el fascismo surge de la alianza política entre la aristocracia y la burocracia real. Del primero provienen las ideas de la superioridad inherente a la clase rectora y la sensibilidad a las cuestiones de rango. Del segundo, el ideal de obediencia completa e irreflexiva a una institución situada por encima de las clases e individuos (el Estado).

Concretamente, una serie muy importante de medidas políticas y económicas tendieron a racionalizar el fascismo. Entre las más destacadas se encuentran (Barrington Moore, 1973):

- La supresión de divisiones territoriales establecidas de antiguo, como el *han* feudal de Japón o los Estados y principados independientes de Alemania e Italia.
- La creación de una maquina militar lo bastante potente para hacer atendibles los anhelos de sus regidores en la arena de la política internacional.
- La eliminación de las barreras internas al comercio para ampliar los mercados, facilitándose la producción en gran escala y la división del trabajo.
- La lealtad a una nueva abstracción, el Estado, que debe reemplazar las lealtades religiosas. Para lograrlo resultó bastante útil generar un enemigo extranjero común que permita promover los llamamientos patrióticos y así ahogar los clamores demasiado insistentes de las capas bajas por una todavía incierta participación en los beneficios del nuevo orden.

El rol del Estado fue decisivo en la industrialización bajo este régimen. En primer lugar, sirvió de motor de la acumulación capitalista primaria, colectando recursos y dirigiéndolos hacia el levantamiento de plantas industriales. Tuvo asimismo un importante papel en el disciplinamiento de la clase obrera, en la demanda de armamento para la industria y en el diseño de los regímenes aduaneros proteccionistas.

Todas esas medidas en algún momento implicaron sacar recursos de la agricultura, lo cual hizo peligrar la coalición entre los sectores de las capas altas empresariales y agrarias. Sin embargo, las recompensas económicas fueron bien sustanciosas para ambos socios mientras lograron tener a raya a los campesinos y al peonaje industrial. Allí donde hubo considerable progreso económico, los obreros industriales pudieron alcanzar mejoras significativas.

2.2 Las ideas económicas para el desarrollo industrial tardío

Friedrich List (1789-1846) fue el pensador más importante en lo referente al proceso de industrialización Alemán. En su principal libro sobre el tema *Sistema Nacional de Economía Política*, plantea que la teoría económica dominante de ese momento (teoría clásica) posee cuatro grandes defectos: 1- su concepción cosmopolita que no le permite tomar en cuenta los intereses nacionales; 2- su materialismo, haciendo referencia a que sólo valora los bienes de cambio que se producen y no otorga ningún valor al desarrollo de las fuerzas productivas de la Nación; 3- un excesivo individualismo que ignora las ventajas de la agrupación de energías sociales; 4- por último, no tiene en cuenta el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de cada país, dando por supuesto que todas las naciones ya las desarrollaron completamente.

Para el autor la economía es justamente la ciencia que, “reconociendo los intereses subsistentes y la situación particular de las naciones, enseña de qué modo cada nación en particular puede elevarse a aquel grado de formación económica en el cual resultará posible y útil la unión con otras Naciones igualmente formadas, y como consecuencia, la libertad de comercio” (List, 1942: 145).

En el juego del comercio internacional List consideraba que Inglaterra había llegado a su posición privilegiada gracias al proteccionismo y ahora abogaba por el libre comercio. Lo cual impedía a las naciones más atrasadas desarrollarse. Es decir, Inglaterra con su actitud pretendía dar una “patada a la escalera” del progreso. Con relación a este aspecto List argumenta: “Una nación que con sus medidas protectoras y restricciones a la navegación ha desarrollado su energía manufacturera y su flota de tal modo que ninguna otra nación puede atreverse a competir libremente con ella, no puede hacer cosa más sensata que destruir estas escalas que han dado acceso a su grandeza, predicar a otras naciones las ventajas de la libertad comercial, y declararse arrepentida, por haber seguido hasta entonces la senda del error, y haber emprendido sólo ahora el camino de la verdad” (List, 1942: 337).

A diferencia de la teoría neoclásica dominante actualmente, el autor enfatiza que la riqueza de las naciones proviene del

desarrollo de las fuerzas productivas que posibilitan un incremento de las capacidades de producción y no solamente de contar con los recursos necesarios. Destaca también la importancia del desarrollo industrial como pilar para que la sociedad progrese en el ámbito de la libertad, la cultura, las artes y las ciencias, la religión, la educación, la tecnología, los transportes y las instituciones. Atributos que erróneamente la escuela dominante atribuye al libre comercio “confundiendo al intermediario con el creador” (List, 1942: 156)

Para desarrollar las fuerzas productivas en las economías atrasadas, List reconoce la importancia del Estado dictando leyes y medidas políticas que estimulen el desarrollo, para lo cual debe poseer poder. Con referencia a la importancia de este último punto enfatiza: “El poder tiene más importancia que la riqueza porque una nación, por medio del poder, no sólo se permite abrir nuevas fuentes productivas, sino de mantenerse en posesión de la riqueza anterior y la recientemente adquirida, y porque la marcha atrás del poder -a saber, debilidad- lleva a la renuncia de todo lo que nosotros poseemos, no sólo la riqueza adquirida, sino de nuestros poderes de producción, de nuestra civilización, de nuestra libertad, incluso de nuestra independencia nacional, a manos de aquellos que nos superan en poderío, como es atestiguado abundantemente por la historia de las repúblicas italianas, de la Liga Hanseática, de los belgas, los holandeses, los españoles y portugueses” (List, 1942 cap. IV).

Dentro de su esquema, List categorizó a las naciones de acuerdo con el grado de civilización alcanzado, clasificándolas en: etapa primitiva (caza y pesca), pastoril, agrícola, agrícola-manufacturera; agrícola-manufacturera-comercial. Solamente aquellas naciones que contaran con los recursos materiales y humanos-morales necesarios, como Alemania, podrían aspirar a la fase última de desarrollo, sólo alcanzada hasta ese momento por Inglaterra.

Las medidas de política económica que una Nación debe adoptar para favorecer su desarrollo dependen de la etapa de civilización lograda. Así, en las primeras dos fases, debe prevalecer el libre comercio para que estimule el desarrollo agrícola a través de la incorporación de productos manufacturados del extranjero. En cierto momento de la etapa agrícola debe acudir a la protección industrial a través de derechos de importación. Es menester resaltar que List no acepta el proteccionismo para la agricultura porque cada país produce diferentes alimentos de acuerdo con las condiciones geográficas y climáticas que posea. En la cuarta etapa, las industrias infantiles protegidas se desarrollan alcanzando su madurez. En la quinta etapa, hasta ese momento sólo alcanzada por Inglaterra, la industria de una nación ya es lo suficientemente poderosa como para competir en pie de igualdad con otros países, debiéndose introducir la libertad de comercio. Cabe destacar que List consideraba que las posibles pérdidas como consecuencia del proteccionismo quedarían más que compensadas por el desarrollo productivo de todas las ramas económicas.

3. Industrialización y Comunismo

3.1 Contexto histórico-político

“Al reflexionar sobre el curso de cualquier rebelión preindustrial, advertimos que no puede entenderse sin referirse a las actitudes de la clase alta que, en gran parte, la provocaron” (Barrington Moore, 1973: 370).

El desarrollo de la autoridad del Estado y la intrusión del comercio pueden advenir en tiempos bastantes distintos y afectar los vínculos del campesino con el superior, la división del trabajo dentro de la aldea, su sistema de autoridad, las agrupaciones de clase dentro del campesinado, los derechos de arrendamiento y de propiedad, la tecnología y el nivel de productividad de la agricultura. En dicho complejo de cambios interrelacionados tienen especial importancia política tres aspectos: a) el carácter del vínculo entre la comunidad campesina y su superior inmediato, b) la distribución de la tierra y las divisiones de clase dentro del campesinado y c) el grado de solidaridad o cohesión de la comunidad campesina.

Relacionado con el primer aspecto, hay bastantes hechos favorables a la tesis de que, allí donde los vínculos derivados de dicha relación entre la comunidad campesina y su superior son fuertes, la tendencia a la rebelión (y más tarde a la revolución) campesina es débil. Para que los vínculos sean un agente efectivo de estabilidad social tienen probablemente que cumplirse dos condiciones. Una, que no exista demasiada competencia por la tierra u otros recursos entre los campesinos y el superior. La otra es que para que exista estabilidad política se requiere la inclusión del superior y/o sacerdote en la comunidad como miembro que realiza servicios necesarios para el ciclo agrícola y la cohesión social (combatir, gobernar, rezar, etc.) por los cuales reciben pagos compensatorios que no han de ser percibidos como muy desproporcionados en relación con los servicios prestados.

Al respecto, Barrington Moore señala que las causas más importantes de las revoluciones campesinas fueron: 1- la ausencia de una revolución comercial agrícola dirigida por las clases altas rurales y la concomitante supervivencia de las instituciones sociales campesinas en la era moderna, en que están sometidas a nuevas presiones y tensiones; 2- la debilidad de los vínculos institucionales que atan la sociedad campesina a las clases altas, junto con el carácter explotador de esa relación; 3- una burocracia agraria, que con sus onerosas exigencias contributivas empuja a los campesinos a aliarse con las elites urbanas locales; 4- la creación de una monarquía central que se arroga las funciones protectoras y judiciales del superior local y debilita el

vínculo más decisivo entre los campesinos y las clases altas.

Todos estos factores explican cómo aparece un potencial revolucionario entre el campesinado. Que el mismo llegue a ser efectivo políticamente depende de que los intereses de los campesinos vengan o no a fusionarse con los de otros estratos. “Los campesinos nunca han podido consumir una revolución por sí solos. Por supuesto, el movimiento campesino no hallará sus aliados entre la elite. Puede, sin embargo, arrastrar a un sector de la misma, especialmente en la era moderna, a un puñado de intelectuales descontentos (con sus profundas investigaciones) y hallar en él sus líderes” (Barrington Moore 1973: 387).

En el caso ruso las clases comerciales e industriales no podían ser un buen aliado para los campesinos puesto que estaban vinculadas al gobierno zarista y ningún sector del campesinado ruso tenía interés en asegurarle los derechos de propiedad. Los bolcheviques, por su parte, eran el único partido sin vínculos con el orden existente, lo cual les permitió aceptar provisionalmente las exigencias campesinas a fin de conquistar el poder. Luego se volvieron contra aquellos que les habían llevado al poder y los forzaron a encuadrarse en granjas colectivas para que fuesen la base primordial, y las principales víctimas, de la versión comunista de la industrialización.

3.2 La justificación económica para la industrialización por fuera del capitalismo

La principal teoría económica que explica la imposibilidad de desarrollo de los países atrasados dentro del capitalismo es la teoría imperialista. Dicha teoría surge en el siglo XIX de la mano de autores marxistas como Hilferding, Rosa Luxemburgo y Lenin, entre otros, con el objetivo de explicar el desarrollo desigual que genera el capitalismo en el mundo y plantear así la necesidad de buscar una alternativa para el desarrollo de los países atrasados.

El imperialismo es considerado como la última etapa del sistema capitalista, donde luego de un período de competencia, ciertas empresas logran el monopolio del mercado respectivo y se asocian al propio Estado para conformar un monopolio nacional dirigido junto con expertos en el ámbito de las finanzas. De esta manera el monopolio pasa a ser la regla y no la excepción.

En el capitalismo monopolístico el precio de los bienes no se regula por la teoría del valor trabajo, sino que es fijado de manera arbitraria por las grandes empresas. Esta dominación sobre los trabajadores y consumidores se refleja en salarios de subsistencia y precios de los bienes que crecen deliberadamente.

Respecto a la dinámica del sistema, la ausencia de competencia elimina los incentivos a la innovación tecnológica generando estancamiento y, por otra parte, la gran desigualdad social impide que las clases populares-obreras tengan capacidad de demanda, generando sobreproducción y menor rentabilidad de las inversiones.

Ante esta situación de exceso de oferta que existe en los países capitalistas adelantados, la propia clase capitalista industrial que detenta el poder recurre, a través del Estado-Nación, al dominio político de otros países atrasados (colonias, semicolonias, países dependientes económica y financieramente) como un medio de asegurarse mercados que solucionen el problema de la demanda, la obtención de materias primas baratas y oportunidades de inversión. Una vez instalados, se promueve la existencia de monopolios y se evita toda competencia extranjera. Así, el capital financiero migra hacia otros países en búsqueda de nuevas oportunidades de negocios, conllevando el desarrollo de las fuerzas productivas en los países receptores junto con la penetración del modo de producción capitalista con todas sus implicancias.

De esta manera se explota a los países atrasados y la desigualdad se acentúa a nivel mundial, distinguiéndose unas pocas potencias mundiales que oprimen al resto de las sociedades apropiándose del excedente. Esto impide a los países atrasados acumular capital y desarrollar sus fuerzas productivas.

Este escenario de dominación, común a varios países avanzados del mundo, genera irremediablemente guerras entre los Estados, producto del funcionamiento del sistema capitalista monopolístico donde, ante la insuficiente demanda en los mercados nacionales, las grandes potencias (fusionadas con los intereses de sus monopolios) salen a conquistar mercados dominando otras regiones para evitar toda posible competencia y poder extraer una mayor parte del excedente.

Ante esta situación, los autores entienden que los países débiles y dominados de principios del siglo XX sólo pueden desarrollarse e industrializarse desconectándose del sistema capitalista mundial y socializando los medios de producción.

Subdesarrollo latinoamericano y dependencia

En esta sección se abordan los aspectos económicos y políticos del intento de desarrollo industrial latinoamericano durante el siglo XX. Para dicho cometido se toman como referencia desde el punto de vista político la teoría de la dependencia y desde el punto de vista económico los desarrollos de la escuela estructuralista latinoamericana, cuyos principales aportes se desarrollaron en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en los primeros años de la posguerra.

Contexto histórico-político

La teoría de la dependencia destaca como hipótesis principal que el subdesarrollo de un país se encuentra estrechamente relacionado a su vinculación con las economías centrales, pero su evolución es producto del dinamismo y comportamiento social, político y económico interno.

Para Cardozo y Faletto (2003) la “dependencia” se manifiesta económicamente a través de una deuda externa creciente, un control de las decisiones económicas desde el exterior (en donde las decisiones de las casas matrices influyen en forma significativa sobre la reinversión de las utilidades generadas en el sistema nacional), y en el hecho de que el desarrollo del sector industrial depende de la capacidad de importación de bienes de capital de los países desarrollados (lo que lleva a lazos apretados de dependencia financiera).

A nivel de grupos sociales, la dependencia se observa por una serie de características en el modo de actuación y en la orientación de los grupos productores y consumidores. Esta situación supone en los casos extremos que las decisiones que afectan a la producción o al consumo de una economía dada se toman en función de la dinámica y de los intereses de las economías desarrolladas. Las economías basadas en enclaves coloniales constituyen el ejemplo típico de esta situación.

Resulta importante entonces encontrar las características de las sociedades nacionales que expresan las relaciones con lo externo. En este sentido, la integración de las economías nacionales al mercado internacional supone formas definidas y distintas de interrelación de los grupos sociales de cada país, entre sí y con los grupos externos. Es posible, por ejemplo, que los grupos tradicionales de dominación se opongan en un principio a entregar su poder de control a los nuevos grupos sociales que surgen con el proceso de industrialización, pero también pueden pactar con ellos, alterando así las consecuencias renovadoras del desarrollo en el plano social y político.

Las dos dimensiones del sistema económico de los países subdesarrollados (la interna y la externa) se expresan en el plano social, donde adoptan una estructura que funciona en términos de una doble conexión: según las presiones y vinculaciones externas y según el condicionamiento de los factores internos que inciden sobre la estratificación social. La perspectiva en que se colocan los autores de la Teoría de la Dependencia pone en tela de juicio la existencia de etapas necesarias en el proceso de desarrollo señalando que: “en efecto, las transformaciones sociales y económicas que alteran el equilibrio interno y externo de las sociedades subdesarrolladas y dependientes son procesos políticos que, en las condiciones históricas actuales, suponen tensiones que no siempre contienen en sí mismas soluciones favorables al desarrollo nacional. Tal resultado no es automático y puede no darse; lo que equivale a afirmar que el análisis del desarrollo social supone siempre la posibilidad de estancamiento y de heteronimia. La determinación de las posibilidades concretas de éxito depende de un análisis que no puede ser solo estructural, sino que ha de comprender también el proceso en el que actúen las fuerzas sociales en juego, tanto las que tienden a mantener el statu quo como aquellas otras que presionan para que se produzca el cambio social” (Cardozo y Faletto 2003: 38).

La mayoría de los países latinoamericanos se incorporaron al mercado mundial a través de la producción obtenida por núcleos de actividades primarias controlados en forma directa desde fuera. Esta situación se produjo en condiciones distintas y con efectos sociales y económicos diversos según el grado de diferenciación y de expansión lograda inicialmente por las economías nacionales.

El caso más común “expresa un proceso en el cual los sectores económicos controlados nacionalmente, por su incapacidad para reaccionar y competir en la producción de mercancías que exigían condiciones técnicas, sistemas de comercialización y capitales de gran importancia, fueron paulatinamente desplazados por el capital extranjero. En el polo opuesto se dieron situaciones en las cuales el proceso de formación de enclaves estuvo directamente en función de la expansión de las economías centrales... En los dos casos, sin embargo, el desarrollo económico basado en enclaves pasa a expresar el dinamismo de las economías centrales y el carácter que el capitalismo asume en ellas con independencia de la iniciativa de los grupos locales” (Cardozo y Faletto, 2003: 48).

Por último, Cardozo y Faletto (2003) destacan que para que exista una cierta autonomía en los países subdesarrollados es importante que el sector interno logre constituir un sistema de poder y dominación lo bastante fuerte y estable como para pactar con el sector externo las condiciones en las cuales se aceptaría nacionalmente la explotación económica de los enclaves. La existencia previa de una economía exportadora local de importancia permitió a los grupos dirigentes nacionales una táctica de repliegue hacia algunos sectores productivos y una política más agresiva en las concesiones (impuestos, reinversión obligatoria de las ganancias, etc.). Aquí, a menudo se fortalecieron las funciones reguladoras del Estado creándose así una importante burocracia mantenida gracias a los impuestos cobrados al sector enclave. En los casos de mayor éxito, alrededor de la burocracia pública se fue formando una clase media de tipo burocrático que, junto con las oportunidades de empleo creadas por los sectores importador y financiero, constituía el germen de las clases medias “tradicionales” (esto es, no surgidas de la expansión del sector industrial moderno).

En el otro caso, la debilidad de las oligarquías tradicionales las dejaba más desamparadas frente a los sectores externos en la

medida en que la propia dirección de la administración nacional pasaba a depender de la renta generada por el sector económico controlado externamente. Aquí, los grupos dominantes locales se limitaron a un papel secundario en el sistema productivo. El perfil de la estructura social aparece constituido entonces por una masa de asalariados –menor o mayor según sean economías agrarias o mineras- y por una reducida oligarquía que logra controlar el aparato burocrático y militar, junto a un sistema de latifundio improductivo, a su vez controlado indirectamente por la misma oligarquía.

Ideas económicas para la industrialización latinoamericana

La teoría estructuralista latinoamericana es el intento académico más importante que realizó la región, a través de diversos economistas pertenecientes a la CEPAL, para legitimar y racionalizar el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Fenómeno que se estaba generando de hecho como consecuencia del colapso del comercio internacional por la gran depresión de los años treinta y la segunda guerra mundial.

Los fundamentos del estructuralismo latinoamericano surgen de la concepción de un sistema económico mundial compuesto por países centrales y periféricos (Prebisch, 1962). Dentro de este, el centro se caracteriza por un aparato industrial diversificado y exportador que genera y derrama el progreso técnico de manera rápida y homogénea en todo su aparato productivo, incrementando de esta manera la productividad laboral, el empleo y los ingresos de una manera equilibrada. La periferia, por su parte, se caracteriza por: 1- una estructura productiva parcialmente rezagada o heterogénea en la cual coexisten sectores modernos que importan y concentran el progreso técnico y sectores rezagados sin acceso a los frutos de dicho progreso; 2- una inserción internacional basada en la exportación de bienes primarios e importación de bienes industriales; 3- la existencia de un excedente estructural de mano de obra (reflejados en el desempleo y subempleo); y 4- una elevada desigualdad de ingresos muy vinculada con la heterogeneidad estructural.

La relación económica entre la periferia y el centro del sistema reproduce en cada región las características estructurales señaladas precedentemente en un marco del “desarrollo desigual”. Determinado por el mayor crecimiento de la productividad de los centros respecto a la periferia y por la tendencia al deterioro de los términos de intercambio de esta última.

Para el estructuralismo, el mayor crecimiento relativo de la productividad de los centros se debe, en primer lugar, a que en la periferia las actividades rezagadas tienen una muy baja capacidad de acumulación y por lo tanto de incorporación tecnológica. En segundo lugar, al supuesto de que el progreso técnico es más intenso en la industria que en la agricultura, y dentro de la industria, en las ramas relativamente complejas, como las de bienes de consumo durable y de capital, ambas con escasa presencia en la periferia.

Respecto a la tendencia a la desvalorización de los productos elaborados por la Periferia en relación con los producidos en los centros, Prebisch (1962) ofrece dos explicaciones distintas pero complementarias.

- La primera de ellas se relaciona con las características de los mercados de trabajo. En los centros el alto nivel de empleo y organización sindical permite que los incrementos de productividad generados por el progreso técnico se reflejen en un incremento de salarios reales y no en una disminución del precio de los bienes producidos. Inversamente, en la periferia el excedente estructural de mano de obra y la limitada organización laboral mantienen estancados los salarios reales, lo cual hace que los incrementos de productividad se reflejen en menores precios relativos de las exportaciones. Es decir, las asimetrías en el funcionamiento del mercado de trabajo permiten que los centros se apropien de los incrementos de productividad propios (a través de incrementos salariales) y de los incrementos de productividad de la periferia (a través de los menores precios de los productos que importan).
- La segunda tiene que ver con las características de los bienes exportados e importados por cada región. Partiendo de la base de que un aumento del ingreso per cápita genera aumentos cada vez menores en la demanda de alimentos y cada vez mayores de servicios y bienes industriales. Esto se refleja en la periferia en un crecimiento de su demanda por importaciones superior al de sus exportaciones, deteriorando los términos de intercambio.

En conclusión, las tres principales justificaciones que aportó la CEPAL para llevar delante de manera conciente y planificada un proceso de industrialización en Latinoamérica al comienzo de la posguerra fueron (Fitzgerald, 1998): 1- La existencia de una restricción externa al crecimiento, producto de la caída secular en los términos de intercambio. Esto trajo como consecuencia la necesidad, por un lado, de generar un impulso interno para el crecimiento y, por el otro, de disminuir el coeficiente de importaciones. 2- La necesidad de aumentar rápidamente el empleo para absorber una masa de desempleados y subempleados provenientes de las actividades agrícolas rezagadas. 3- La importancia de acelerar la incorporación y el derrame del progreso técnico.

El estructuralismo propuso como solución un proceso de industrialización sustitutiva desde lo simple a lo complejo (es decir desde las industrias de consumo no duradero a las industrias de insumos complejos y de bienes de capital) comandado y planificado

desde el Estado (Furtado, 1966).

Reflexiones finales

El presente trabajo revisa brevemente los sistemas políticos y las ideas económicas que impulsaron importantes y acelerados procesos de industrialización a lo largo del siglo XVIII, XIX y XX, como es el caso de Inglaterra, Alemania, Rusia y el intento de industrialización latinoamericano. Con el objetivo de poner en tela de juicio histórica las recetas políticas y económicas liberales para el desarrollo, las cuales parecen ser hegemónicas entre las recomendaciones de los organismos internacionales creados para tal fin. En este sentido, se pretende destacar que a lo largo de la historia no existió un sendero único de industrialización, sino que encontrar el camino adecuado es una tarea que cada sociedad debe emprender en función de su situación interna y externa.

En este sentido, primeramente se observó que la democracia política y las ideas económicas liberales fueron una buena estrategia de industrialización en Inglaterra, pero no para quienes se desarrollaron luego, como fue el caso de Alemania, Italia, Japón y Rusia. Estos países siguieron caminos totalmente distintos en función de las fuerzas políticas que llevaron adelante la transformación. En los tres primeros casos el proceso se realizó por las clases altas de la sociedad que se encontraron amenazadas por el capitalismo y resaltaron la importancia de la intervención y el proteccionismo estatal para defender la industria naciente. En el caso de Rusia, la revolución fue iniciada por los campesinos y bolcheviques, cuya propuesta económica para industrializarse fue la desconexión completa de los preceptos capitalistas e imperialistas de las potencias mundiales de ese momento.

Por último, estudiamos Latinoamérica y su intento de industrialización a través de las alianzas desarrollistas de comienzos de la posguerra. Sin embargo, la dependencia política y económica de la región respecto a las grandes potencias capitalistas truncó el proceso.

Bibliografía

- Barrington Moore, Junior, Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia, Barcelona, Ediciones Península, 1973.
- Bielschowsky, Ricardo, "Evolución de las ideas de la CEPAL", Santiago de Chile, Revista de la CEPAL número extraordinario, octubre, 1998.
- Cardoso, Enrique; Faletto, Enzo. Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica, Bueno Aires, Siglo XXI Editores, 2003.
- Fitzgerald Valpy, "La CEPAL y la teoría de la industrialización", Santiago de Chile, Revista de la CEPAL número extraordinario, octubre, 1998.
- Frank, Arthur, La formación del subdesarrollo, Barcelona, Redondo, 1973.
- Furtado, Celso, Subdesarrollo y estancamiento en América Latina, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1966.
- González Casanova, Pablo, "Imperialismo y liberación en América Latina", D. F. México, Siglo XXI Editores, 1969.
- Laclau, Ernesto, Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo, Madrid, Siglo XXI Editores, 1978.
- Lechner, Norbert, La crisis del Estado en América Latina, Caracas, El Cid Editor, 1977.
- Lenin, Vladimir Ilitch, El imperialismo, fase superior del capitalismo, Buenos Aires, Ediciones libertador, 2005.
- List, Friedrich, Sistema Nacional de Economía Política, D. F. México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
- Poulantzas, Nicos, Poder político y clases sociales en el Estado capitalista, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- Prebisch, Raúl, "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas", Santiago de Chile, CEPAL, Boletín económico de América Latina, vol. 7, N° 1, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), febrero, 1962.
- Ricardo, David, Principios de economía política y tributación, D. F. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Rodríguez, Octavio, "Prebisch: Actualidad de sus ideas básicas", Santiago de Chile, Revista de la CEPAL 75, 2001.
- Rodríguez, Octavio (2006), El Estructuralismo latinoamericano, siglo XXI, México.